

Alto contraste

Jonathan Minila



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Alto contraste

Jonathan Minila

Alto contraste

Jonathan Minila

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Primera edición, 2018 (UANL)

Muñoz Vargas, Jaime.

Alto contraste / Jonathan Minila.

Monterrey, N.L.: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2018.

216 páginas 21 cm. (Narrativa)

ISBN: 978-607-27-0824-2

1.Literatura mexicana. 2. Cuentos. I. t.

Clasif.: PQ7298 .23 M95 2017 Clasificación Dewey: M863.44 M95 G73

Rogelio G. Garza Rivera

Rector

Carmen del Rosario de la Fuente García

Secretaria General

Celso José Garza Acuña

Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

Director de Editorial Universitaria

Jessica Nieto

Edición

Nancy Saldaña

Formación digital

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Jonathan Minila

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,

C.P. 64000. Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

www.editorialuniversitaria.uanl.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL

A ti

Hasta parecemos familia

Llegó puntual a la cita. Era la casa de su madre. Sacó el papel de su bolsillo, nervioso, y leyó el nombre: Cristina Gutiérrez. Lo repitió en su mente y más abajo leyó: “Le dices Cristi”. Cristi, murmuró, y tocó el timbre. Mentalmente repasó todo. *No se preocupe*, le habían dicho, *de cualquier modo si algo se le olvida ellos lo ayudarán*. Por fortuna tenía buena memoria.

Se escuchó el leve sonido de una campana. Empezó a correr el tiempo. Oyó pasos de alguien que bajaba por las escaleras a toda prisa. Eran sus sobrinos que tenían la extraña costumbre de competir por ver quién abría la puerta. *Lo primero que les dices siempre es que no le abran a extraños*. Así lo hizo.

—No le abran a extraños —le dijo a Cati (Catalina) y a Edu (Eduardo) que peleaban ahora por abrazarlo.

—¡Tío! ¡Tío! —gritaban estos, al tiempo que se abalanzaban sobre él. De inmediato se sintió en casa. Se sintió querido.

—¿Quién es, niños? —escuchó la voz de su madre. Él les hizo una seña para que no respondieran.

—Shhhh...

—¡Santa Claus! —gritó Edu, y luego se rio.

Edu es tu sobrino consentido.

—Loco —le dijo, y le removió el cabello como imaginó que se hacía a los sobrinos consentidos.

—¿Quién? —preguntó su madre mientras bajaba las escaleras.

Él se escondió detrás de un muro, *como cuando eras niño*.

—¡Cristi! —gritó.

—¡Alejandro! ¿Estás loco? —gritó su mamá asustada. Luego lo abrazó, y le dio un beso en la nariz. Eso lo conmovió mucho. Casi estuvo a punto de llorar.

Su madre, emocionada, lo llevó a la sala donde estaba su hermano, *el padre de Cati y Edu*, su esposa Ximena, *tú le dices Xime*, y su hermana Fernanda, *soltera, 35 años, contadora*. Por un instante se sintió incómodo. No supo qué hacer. Su hermano pareció notarlo. Se levantó, lo abrazó y dijo una de sus clásicas bromas.

—¿Estamos tan feos? —comentó al tiempo que le daba palmadas en la espalda—. Hasta parecemos familia.

Familia, familia...

De inmediato se sintió en confianza. Lo abrazó también, con fuerza. Era su hermano. *Únicamente se ven una vez al año, en la cena de navidad*.

Se sentó con ellos y sostuvo una agradable conversación, *como cada veinticuatro de diciembre*, entre risas y bromas. Sus sobrinos corrían de un lado a otro gritándole para que vieran sus travesuras. La calidez del momento lo emocionó. Eso es lo que había querido y ahí lo tenía. Una bella y hermosa familia. Una rica cena. Por instinto miró el reloj.

Su madre se acercó. Platicaron de cosas más serias y rememoraron su infancia.

—Eras incontrolable —le dijo ella, al momento que le apretaba la nariz. Él le besó la mano.

Se sentaron en la mesa. Los niños estaban inquietos.

—¿Ya vamos a abrir los regalos? —repetían una y otra vez.

—Después de cenar, traviosos —les respondía la abuela.

Ahí se sintió más la ausencia de su padre. Su lugar estaba vacío. *Murió mientras tú estabas de viaje*.

Comenzaron con una rica ensalada. Tu *favorita*. Después fue el pavo, acompañado de un puré de papas dorado y de postre probaron pastel de frambuesa. Platicaron de todo. Se sintió feliz. También cuando discutió con su

hermano y cuando se reconcilió con él. Se abrazaron fuerte. Ya estaba un poco borracho. Hablaron sobre su padre y lloraron un poco.

Se encaminaron a la sala y empezaron a repartir los regalos. Él no había llevado. *No es necesario que lleve*, le habían dicho. Estuvo tentado a mirar el reloj pero no quiso hacerlo. *Disfruta el momento, disfruta el momento*, se repetía una y otra vez.

Sus sobrinos jugaban con lo que les habían regalado, su madre se reía feliz, él se había puesto el suéter que le habían dado. Fue un hermoso instante que se interrumpió con el sonido de una campana.

De inmediato todos se relajaron. La mujer que representaba el papel de su madre dejó de sonreír y se quitó la peluca. El hombre y la mujer que habían sido sus hermanos durante unas horas comenzaron a desmaquillarse. Los sobrinos dejaron de jugar y entraron a una habitación donde los esperaban sus verdaderos padres. Un hombre de traje entró por una puerta. Era el agente que le había vendido el paquete.

—Señor Alejandro —le entregó un papel—, gracias por adquirir este hermoso momento con nosotros. Espero que de verdad haya disfrutado su cena navideña. Lo grabamos todo por si quiere el recuerdo, aunque eso se cobra aparte. ¿Me podría firmar aquí? Gracias, qué amable. Vaya con cuidado y por favor no se olvide que todo el año tenemos servicio. Llámenos siempre que se sienta solo.

Le dio la mano y echó un último vistazo a la casa. Vio a los actores poniéndose sus abrigos. No se despidió de ellos. Salió a la calle y se fue caminando a su verdadero hogar, donde sabía que nadie lo estaba esperando.

Tu boca comenzó a secarse

Cuando tu cabeza cayó y comenzó a rodar, te arrepentiste. Tus ojos quedaron quietos: fijos, sin vida, sin la muerte, sin nada. Sólo así. Giraron los rostros, los pies, las sillas, hasta que tu cráneo chocó con el muro y quedaste con los ojos mirando el techo. Entonces escuchaste los gritos, viste las sombras, sentiste la vibración de unos pasos que se acercaron hacia ti. Tu boca comenzó a secarse. Tus dientes reflejaron un destello que nadie percibió. Viste los zapatos de un hombre, luego su cuerpo y su rostro. Te levantó del cabello y el dolor te hizo gritar por dentro con la ansiedad de no poder mover tu boca —que había quedado abierta—, sin oportunidad de dejar salir el grito contenido en ese cuerpo tuyo, frente a ti. Te alzaron más, frente a todos, y pudiste ver —con los ojos ardiendo— cómo algunos festejaban tu muerte, otros lloraban y algunos más se alejaban con asco e indiferencia, mientras tú, arrepentido y sin poder hacer ni decir nada, escuchabas las voces, los recuerdos, las amenazas, para luego caer de nuevo, de golpe, con dolor y sangrar más, y rodar hasta quedar quieto otra vez. Te patearon, desde luego. Te llenaste de tierra y viste borroso. Quedaste mirando hacia abajo, con los ojos pegados al suelo. Supiste que el infierno era ese: tu castigo. Un estado en el que la piel es lamida por lenguas invisibles, mientras tú, por dentro, te llenas de gusanos y escuchas los pasos de aquellos que se alejan y te dejan ahí, olvidado, como si jamás hubieran gritado: *¡Que muera! ¡Asesino! ¡Que muera!* Porque ahora estás muerto, aunque no cómo lo imaginabas, ni ellos, ni nadie. Justo eso es lo que te gustaría gritarles. Pero te han dejado ahí, olvidado, quieto, sin tiempo, sin cuerpo; con la esperanza de una verdadera oscuridad; esa en la que no se siente nada, ni

se escucha nada, ni nada se ve. La única que podrá sacarte de aquí, donde sigues irreconocible, hecho un asco, sin poder hacer nada por ti ni por nadie, intentando gritar que estás arrepentido. Porque lo estás, claro que lo estás.

Su nariz

Desde que vi su nariz por primera vez, me enamoré de ella. Nadie puede entender por qué, ni yo mismo puedo hacerlo, pero para el amor no hay explicación.

Quizá fue su forma aguileña o esa deformación que no se notaba mucho de perfil; tal vez esa manera que tenía de abrir sus aletas al respirar, como si pretendiera robarnos el oxígeno a todos. No lo sé. Pero inevitablemente quedé prendado de ella. Me hipnotizó de inmediato. Nunca había visto nada igual. Esa forma en que sobresalía de su rostro sin chiste, eclipsándolo todo, ocupando al instante toda la atención.

Los que estábamos en la mesa quedamos en silencio en cuanto ella se acercó. Mis compañeros, de inmediato, alejaron sus miradas: algunos con asco, otros burlándose. Ella parecía acostumbrada a eso, pude notarlo: era una nariz con experiencia.

De todos yo fui el único que se quedó mirándola, sorprendido. ¿Fue por eso que ella se dirigió a mí?

—Buenas tardes —dijo, sin más—. ¿Ya saben qué van a pedir?

Tardé en responder. No podía moverme ni respirar. Desde el principio tuve ganas de tocarla, de apretarla, de mirarla durante horas y explorar su forma. ¿Cómo era eso posible? No tengo idea pero así fue. Pedí malteadas para todos, con la voz temblorosa, y le sonreí. No a la mesera, no, sino a su nariz. Y sí, seguramente parecía un idiota, como todos los que encuentran al amor de su vida, pero tampoco me importó. “Qué hermosa, ¿no?”, dije cuando se alejó. Y todos se rieron, me golpearon en la espalda, se mofaron de ella, y celebraron mi ocurrencia. Pero yo no bromeaba. Era real esa atracción. Me parecía la nariz más bella que había visto.

No pude evitar volver al día siguiente y todos los días después. Siempre que me era posible, me sentaba ahí y esperaba a que la mesera esa, nada agradable, llegara, se plantara frente a mí y me hablara, mientras yo veía la bella protuberancia de su rostro y pedía cualquier cosa. No me interesaba nada más. Ni sus manos, ni su boca, ni nada. Únicamente esa nariz. Pensaba en ella todas las noches, en su forma y la manera en que ocupaba todo el espacio en un momento. Jamás había sentido nada igual.

Mi obsesión era cada día peor. En el trabajo no podía concentrarme y en mi vida personal apenas podía atender las cosas básicas. Comía mal, dormía mal y mi carácter había cambiado. Pronto dejé de salir con los amigos y de ver a mi familia. No los soportaba. Así nada más. Odiaba escuchar sus conversaciones mundanas y sus risas. Todo me parecía tan soso, tan simple, tan idiota. Prefería pasar la mayor parte del día encerrado en mi casa o en el restaurante.

La mesera comenzó a saludarme con confianza y hasta me preguntó si estaba bien y cómo me había ido en el día. Yo apenas le respondía, algo que suponía ella tomaba como timidez, porque a veces hasta me guiñaba un ojo o me tocaba el hombro. A mí me daba asco. Yo hubiera preferido que se quedara callada y me dejara contemplar su nariz durante un buen rato. Quizá besarla y tocarla. Pero eso era demasiado. Si se lo hubiera pedido me habría tomado como un loco, y seguramente no habría aceptado tenerme cerca de nuevo. Y eso para mí hubiera sido fatal. No por la mesera, claro, sino por ella –la nariz– que irremediamente estaba condenada a pasar su hermosa vida en ese rostro tan horrendo.

Algunas veces pensé en ofrecerle dinero para que me permitiera agarrarla. Pasé noches de angustia planeán-

dolo, pensando en la posibilidad, pero al final nunca tuve el valor de hacerlo. Existía la remota posibilidad de que aceptara —era una cantidad considerable— pero también de que se ofendiera y todo me saliera al revés. Ni modo. Era preferible soportar sus preguntas estúpidas, sus coqueteos, y responder como si me interesara: —Sí... No... Quizá... Ajá...

A la mesera, al parecer, le daba igual de cualquier modo. Lo mismo hubiera sido si no le hubiera respondido nada. Para ella yo estaba ahí porque me gustaba su persona entera, y parecía dispuesta a todo. Una vez me rozó la mano y sentí una especie de náusea que sólo pude superar al observar su nariz. Ella era mi verdadera fuerza y estaba dispuesto a soportar cualquier humillación. Era tan bella. La forma en que separaba sus aletas y cómo parecía cambiar de forma cuando el sol no entraba directo por la ventana. Era tan hermosa que no podía controlar mi nerviosismo. Me temblaba la mano y apenas podía tomar la malteada.

Fue entonces cuando cambié al café, y después a la cerveza. Bebía todo el tiempo. Era la única forma de calmar la ansiedad. Jamás podría estar con ella. Nunca podría ser mía, a no ser que también aceptara estar con esa mujer. Y ella parecía dispuesta. Ni siquiera le interesaba mi forma de beber y de mirarla.

¿Cuánto duró aquello? Un año quizá. La visitaba todos los días, cruzábamos algunas palabras y yo bebía tantas cervezas que me iba del lugar casi cayéndome. En mi trabajo pronto se dieron cuenta que algo me estaba sucediendo. Mis compañeros podían notar que mi rostro había cambiado, que mis ojos estaban llenos de sombras y que además de todo, olía a alcohol. “Seguramente es el amor”, me dijeron. Y yo respondía que sí. Les platiqué, ocultando la verdad, que estaba enamo-

rado, pero que aquello era más que un amor imposible. “Somos de mundos distintos”, les dije, “además ella no parece interesarse en mí; está interesada en alguien más.” Como siempre, la recomendación fue olvidarla. Hay tantas y tantas en el mundo. Pero no, ninguna como ella, con esa forma tan esquivada, con esa manera de opacarlo todo.

Ya no soportaba más. Debía existir un remedio para estar con ella definitivamente. Lo pensé durante días y largas noches de insomnio. Una opción era matar a la mesera, arrancarla de su rostro y guardarla para mí. Pero eso era casi imposible. Sin un cuerpo donde vivir no duraría mucho tiempo. Tampoco soy un idiota. Sabía perfectamente que pronto comenzaría a morir y eso era lo que menos quería. Estaban condenadas a vivir juntas de por vida.

Entonces tomé una decisión. Me armé de valentía y como siempre fui al día siguiente al restaurant, y me senté en la mesa que acostumbraba para esperar el momento. Vi a la mesera atendiendo a la gente. Estaba de espaldas. Así no era nada, no era nadie. Por un instante estuve a punto de arrepentirme. Pensé en levantarme y salir de ahí para intentar retomar mi vida: ver a mis amigos, comenzar a salir con chicas, ir a fiestas, escribir. Hacer lo que siempre hacía. Por un instante tuve nostalgia del pasado pero entonces volteó, y ahí estaba ella. En cuanto vi la protuberancia que destacaba en el rostro de esa mujer, todo se me nubló de nuevo. No pude pensar. Debía hacerlo. ¡Debía hacerlo! Ya no podía estar más tiempo lejos de ella.

La mesera se acercó, me saludó con esa asquerosa y estúpida sonrisa; y yo, con la voz trémula, mirando su nariz, me aventuré.

—¿Podría hablar contigo más tarde?

Me volteé de inmediato porque tenía miedo de ver su expresión. No quería arrepentirme y estaba seguro que al ver su terrible sonrisa de dientes amarillos me retractaría. Con escuchar su voz fue suficiente, cuando respondió que “encantada”, y luego soltó ese espantoso suspiro que casi me hizo vomitar. En verdad que mi amor por esa nariz era grande, muy grande, más grande que cualquier otro que haya existido en esta tierra.

Volví al restaurante más tarde, la mesera se acercó espantosamente coqueta y me preguntó si quería esperarla para ir a algún lado. Le dije que no, que era muy importante lo que tenía que decirle, y que ya no podía esperar más; prefería hacerlo ahí mismo. Noté un dejo de decepción en sus feísimos ojos, pero no me importó. Ella desapareció por un momento, y volvió más arreglada y perfumada. Nada de eso le ayudaba, pero al menos había dado un buen tono dorado a esa maravillosa nariz que me tenía enloquecido.

—Estás hermosa —dije sin pensar.

Después me quedé mudo, mirándola, perdiéndome en sus formas, hasta que ella —la mesera— me despertó con una frase infernal.

—Estás haciendo que me sonroje.

Creyó, desde luego, que me refería a ella, y por esa razón sintió la confianza de tocarme el rostro con sus dedos regordetes, coquetamente. Aquello me provocó un ataque de tos terrible, premonición de una próxima tragedia.

—Tómame un vaso con agua —me dijo. Y me extendió uno que bebí furiosamente para tranquilizarme.

—Discúlpame —le dije finalmente, cuando me sentí mejor—. Estoy muy nervioso.

Y lo estaba, claro, o más que eso. Por un lado, era feliz ante la perspectiva de estar cerca de mi amada, y

por otro, me daba miedo estar junto a esa mujer que no dejaba de hacer ruido con su boca. Tenía que hacerlo ya o nunca me atrevería.

—¿Quieres salir conmigo?

Todas las personas del lugar guardaron silencio. Una anciana que iba todas las noches a pedir café se nos quedó mirando con asco y dos jóvenes que estaban en la mesa de atrás me voltearon a ver incrédulos. Me veían como si fuera el tipo más idiota del mundo. Y desde su perspectiva lo era, seguramente. Aunque en el fondo las cosas fueran muy diferentes. Ellos no podían saber y yo no les podía explicar que todo aquello no era lo que parecía.

La mesera no contestó de inmediato. Se acomodó el cabello, se relamió los labios e hizo algo que me pareció un sacrilegio. Apretó su nariz entre sus dedos regordetes y la talló. No pude soportarlo. Fue por eso que tomé rápidamente sus manos y las acaricié. A ese grado llegaba mi amor. Estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa con tal de estar cerca de ella, de hacerla feliz, de que nadie ni nada le hiciera daño.

—Claro que sí —dijo la mesera.

¿Claro que sí qué? Sus palabras eran tan horribles como su aliento y como la caricia que me hacía con sus manos. ¿Qué estaba haciendo? ¿De verdad quería comprometerme a salir con esa mujer? Desde luego que no. Ojalá que fuera posible tenerla solo a ella, a su nariz. Pero por mala fortuna venían unidas. Así que no podía nada más que fingir e intentar dibujar una sonrisa.

—¿Mañana en la noche?

Dijo que sí, y me tocó la punta de la nariz con su dedo índice. Por un instante pensé en cancelarlo todo, pero después vi en ese gesto una oportunidad de hacer algo que siempre había querido. También extendí mi mano y toqué su nariz. Fue casi como el primer beso.

El día siguiente fue martes. Lo recuerdo porque ese día las cosas comenzaron a ser más serias aún. Me arreglé, me rasuré y me puse una vieja loción que casi no olía a nada. Entré más nervioso que nunca al restaurante. Ella estaba ahí. A mí alrededor se escucharon algunas risas. No me importó. Sabía que todo aquello era ridículo pero tenía una razón. La mesera se me acercó, me dejó un vaso con agua sin que yo se lo hubiera pedido y me guiñó un ojo. De nuevo quise arrepentirme, frenar en seco y volver a mi vida normal. Aún estaba a tiempo. Pude levantarme, cancelar, no volver nunca, pero decidí seguir. No había llegado hasta ahí por nada. Además, hoy su nariz estaba hermosa, brillante, y reflejaba en su contorno las luces amarillas del lugar.

La gente salió mirándome con burla. Oficialmente, para ellos, era el pretendiente de la horrenda mesera de ese lugar. Tenían razón de pensarlo, yo también lo hubiera hecho. Pero ellos no sabían que en el fondo todo aquel sacrificio era la más transparente manifestación del amor; uno real, puro, como han existido pocos.

De todo lo demás recuerdo poco, como que salió con la nariz empolvada y que las luces del lugar ya no se reflejaban en ella. Me pareció una lástima. También recuerdo su horrendo vestido rojo, sus zapatillas amarillas y su desquiciante maquillaje.

La invité a una cantina, algo que la sorprendió porque al parecer quería ir a un restaurante —¿de verdad alguien que trabaja en un restaurante quiere ir a cenar a un restaurante?—. La vi decepcionada al principio, pues yo, nervioso de tener a su nariz tan cerca, no supe cómo actuar. Sudaba, temblaba y bebía sin parar. Al llegar pedí dos cervezas —una para ella, otra para mí—. Me tomé tres seguidas, en lo que ella se tomaba solo la primera. No había pasado ni media hora cuando ya me sentía marea-

do. Me di cuenta porque fui al baño y sentí el rostro dormido. ¡Qué estás haciendo!, pensé al mirarme al espejo. Pero seguí. Una cerveza y luego otra y otra. Creo haberla halagado diciéndole algo como “Qué nariz tan hermosa”, y creo que hasta le toqué el rostro. No lo sé. Bailamos, lo recuerdo en fragmentos, y lo demás es una capa negra que nunca he podido borrar.

Desperté en su casa. Cuando abrí los ojos me encontré en un lugar extraño y con un gato acostado sobre mi panza que me miraba fijamente. Salté y saltó. Miré hacia un lado y hacia otro desesperadamente. Dónde, cuándo, por qué... No vi a nadie junto a mí. Me levanté de inmediato e intenté reconocer el lugar. ¿Quién se cubría con esas sábanas tan ridículas, que bien podían pertenecer a una adolescente consentida?, ¿y quién carajos tenía aún colgados pósters de bandas de rock de los ochenta en las paredes?, ¿y quién aún conservaba esos muñecos Ziggy por todos lados? Por un momento fue como si hubiera viajado en el tiempo y terminado en la habitación de una muchacha en 1986. Pero no. Era de esa mujer perversa, de la mesera que, muy quitada de la pena, cruzó la puerta y me sonrió. Terrible. Sentí que la sangre se agolpó en mi cabeza y cayó a mis pies en menos de dos segundos. Estuve a punto de desmayarme.

—Ay, guapo —me dijo—. ¿Cómo amaneciste?

No respondí nada. Lo intenté pero no pude. Sólo tartamudeé.

Ella trató de tranquilizarme, dijo que me acostara y se me acercó. Yo estaba estupefacto por muchas cosas. Primero: ¿Cómo carajos terminé en su casa? ¿Qué pasó desde el momento en que estábamos bailando hasta que desperté? Pero sobre todo: ¡qué demonios tenía ella en el rostro! Llevaba una mascarilla que le cubría la mayor parte de la cara. Únicamente le dejaba libres los ojos y

la boca. La estúpida tuvo el sacrilegio de cubrir su nariz con una masa verde. ¿Qué pretendía con eso? No pude acostarme, pero me senté en el colchón, temblando. Tenía miedo y sed.

—Agua —dije como si me encontrara en medio de un desierto y ella fuera un espejismo. Ojalá lo hubiera sido.

Salió de la habitación y volvió con un enorme vaso de agua con hielos. Si no me hubiera sentido tan mal se lo habría lanzado a la cara para liberar a mi amada de ese entierro en aguacate. No lo hice. En cambio, me la bebí toda de un trago. Ella me miraba estupefacta, con una sonrisa despreciable, o que así me pareció. ¿Se burlaba de mí? No. Para ella todo lo que sucedió era algo serio. La vida era algo serio. Sus colchas y sus pósters y sus muñecos Ziggy eran algo serio. También la estúpida frase que dijo a continuación.

—Estuviste increíble.

Increíble. Veamos. Necesitaba pensar rápido. Analizar a la velocidad de la luz la respuesta que debía dar a eso. Increíble. Admirable. Asombroso. Sorprendente. ¿Qué le causaba admiración o sorpresa?, ¿se referirá a mi forma de bailar?, ¿se referirá a mi forma de beber?

Me puse de pie y ella aprovechó para acercarse a mí.

—Eres una fiera.

—¿Yo?

—Me duelen las piernas.

Se las volteeé a ver. No noté nada raro en ellas fuera de esas ridículas pantuflas con forma de cocodrilo.

—¿Eh? —respondí sólo por decir algo.

Se me acercó al oído, me pegó su rostro con aguacate y me susurró.

—Me encantó tenerte adentro.

¿Adentro? ¿De dónde?

Mi cabeza comenzó a pulsar cada vez más fuerte. Se me revolvió el estómago y corrí al baño a vomitar. Aquella masa que dejé en el escusado era una metáfora de lo que sería mi vida. Me sentía sucio, infiel.

Cuando ella se lavó el rostro y vi la bella nariz, fue como si me reclamara. La había traicionado.

Desde esa mañana entré al infierno. Me fue imposible librarme de ella, de la mesera. Entré en un caótico estado de desestabilidad emocional que me mantenía entre la felicidad de estar cerca de mi amor y la frustración de tener que escucharla a ella: mirarla, olerla, besarla. Al poco tiempo me mudé a su casa. Fue horrible. No le deseo a nadie dormir entre Ziggys y pósters de viejas bandas de rock. Pero eso no era lo peor. Lo más terrible era lo otro. El horrible sacrilegio que cometía cada noche. No le importaba que yo estuviera ahí, y que la tuviera que besar —obligado, claro—. Sin piedad alguna se embarraba el rostro con una extraña mezcla de aguacate y avena que la hacían parecer un zombi. ¿Cómo esperaba que tuviera una erección con toda esa mezcla de cosas? Esa es la verdad. La primera noche se lo atribuyó a mis nervios, pero después todo empeoró.

—Es normal que pase, amor. No te preocupes —dijo la primera noche—. Y luego tuvo la asquerosa desfachatez de agacharse y darme un beso ahí. Sí, ahí, ahí. En mi pene flácido.

¿Síndrome de Estocolmo? No es la primera vez que me lo dicen. Lo pensaban desde entonces, como también pensaron otras cosas: brujería, dinero, yo qué sé. Pero la única y verdadera razón es la que ahora ya saben: estaba ahí por ella, por su nariz. Aprovechaba cada oportunidad o distracción para mirarla. A veces hasta parecía que ella también se daba cuenta de mi presencia. ¿Las narices podrán percatarse de lo que sucede a su alrededor de forma

independiente? Ojalá que así haya sido. Ojalá que ella se haya dado cuenta de todos los sacrificios que hacía por estar cerca.

En las noches, mientras la mesera dormía, yo le hablaba en voz muy baja a su nariz y a veces hasta la tocaba, a pesar del aguacate y la avena. Le pedía que me entendiera. Que era el único modo de que estuviéramos juntos. Que nunca me separaría de su lado. Que quizá algún día podríamos estar solos, sin ella, sin esa. Sentí, estoy seguro, que de alguna manera logramos intimidad. Eran conversaciones conmovedoras. Sé que muy pocos comprenderán lo que les digo, pero era como si ella también me hablara y me entendiera.

Desde entonces intenté hacer cualquier cosa con tal de que se sintiera mejor –ella, la nariz–. ¿Por ejemplo? Esconder los aguacates, claro. La primera noche funcionó y también la siguiente. Por primera vez, luego de meses, supe lo que era dormir sin aquel penetrante olor. Estuve más cariñoso que de costumbre. Cuando la mesera se dormía, yo le tocaba la nariz, la acariciaba y hasta llegaba a besarla. Fueron los mejores momentos de mi vida. Ahí vaya que sí tuve erecciones. Pero el gusto no duró mucho. La mujer aquella tenía una obsesión por su cutis –más que por el rock de los ochenta–, y al tercer día compró una reserva suficiente de aguacates como para sobrevivir a la tercera guerra mundial.

Sé que no podrán entender todo esto. Menos lo que hice. Pero no hubo otra opción. ¿O qué habrían hecho ustedes? No fue fácil para mí, aunque lo parezca. Ahora quizá todos hablen de mi sanguinaria frialdad, pero lloré durante mucho tiempo sabiendo que solo así podría ayudarla. ¿O hasta cuándo iba a soportar verla sufrir? Hice un plan. Cortaría sus cadenas. Desde entonces guardé el cuchillo bajo mi almohada para esperar el mo-

mento indicado. Fue aquel día. Ya lo saben. Por fin tuve el valor de hacerlo y no me arrepiento. No verla sufrir más me ayuda a soportar esto. Mi error. Porque sí, soy un imbécil. Debí suponer que yo tardaría más en desangrarme.

Camino elegido

El silencio se rompía con el ruido de sus pasos que cada vez eran más débiles. ¿Cuánto había bajado? No importaba. Lo único que lo mantenía de pie era la esperanza de llegar al final de esa escalera interminable. Y eso quería. Conocer el motivo de su delirio y descansar de aquella tortura sin nombre que había comenzado un día cualquiera: el ruido del despertador, el baño, la loción; el traje que vestía todas las mañanas, la cortina; el golpe de la puerta al salir del departamento. Luego sus pasos; los mismos que había dado tantas veces, y la escalera: el comienzo, el primer escalón y ahora esto: un hombre deshecho, desquiciado por el rencor contra sí mismo. No podía detenerse, no quería. Se aferraba a algo inexplicable. Y es que a cada peldaño el barandal se alargaba más y más, al tiempo que su estupor crecía. Hubiera sido muy fácil derrumbarse ahí, en un espacio desconocido, pero no. Decidió continuar en esa desquiciante lucha contra la penumbra, contra su deseo de alcanzarla y ser parte de ella para descansar de una vez. No soportaba más ese martirio, esa ruina del alma que era la angustia de no llegar a ningún lado. Ese delirio que es en lo que se había transformado el descenso diario: una angustia interminable, sin ventanas, ni puertas: sólo ese vacío y el muro que se extendía a la par de sus pasos. Ciego, voraz; lo tragaba sin compadecerse de él. ¡Ay!, cuántas veces había estado tentado a entregarse, a quedarse sentado y apoyarse en sus brazos para dormir. Pero no, él no. Siguió como si alguien guiara sus pasos y lo mantuviera ahí, olvidándose del pasado. Llevaba su cuerpo al nido de lo desconocido, sin pensar en nada más. ¿Volver? Eso nunca. Estaba perdido en la lucha

contra sí mismo, en ese muro blanco, en esos peldaños interminables, en ese barandal infinito. Temía y deseaba descender más; seguir en aquel lugar que ya no era el que conocía. Eso había quedado arriba, muy arriba: ahí donde aún ladraban los perros y se escuchaban las voces de los vecinos. Eso había terminado. Ahora debía llegar a ese lugar. Debía continuar el camino teñido de aquella ansiedad que le derretía las piernas. Nada es para siempre, se lo repetía a cada instante. Su barba había crecido, su ropa se había gastado. Los recuerdos lo acosaban cada vez menos y se perdían como todo: como los sueños, como la esperanza, como la vida que quizá tuvo alguna vez. Lo único posible era seguir y entregarse a su propio laberinto sin detenerse. Como si sus pasos marcaran el ritmo del tiempo o de los corazones.

Así siguió hasta que, del mismo modo en que las puertas y las ventanas y todos los sonidos dejaron de aparecer, el muro cambió de forma. El espacio para estar de pie se hizo más estrecho. En un momento tuvo que agachar la cabeza y caminar de lado. Por último, comenzó a arrastrarse y sintió el golpe de sus huesos contra los peldaños. El barandal se hizo cada vez más delgado hasta que desapareció. Ahora estaba en un pasadizo por el que bajaba como gusano: acoplando su cuerpo a la forma de los escalones. La oscuridad comenzó a acosarlo. Dejó de ver sus manos y sentir su aliento. Su corazón no latió más. Dentro de su cuerpo todo comenzó a detenerse también. Quiso llorar y desgarrarse la cara: dejar de ser. Siguió un poco más, un poco más... Vio algo. Se detuvo. Todos los párpados de la tierra hicieron una pausa. Era una luz. Se derrumbó por primera vez y cerró los ojos. Entonces, los recuerdos lo acosaron. Todo vino de pronto revelándole su vida, entregándosela en un instante, por última vez. Ahí lo entendió todo. Abrió los

ojos y volteó atrás. Era un engaño. Aunque hubiera intentado volver no habría podido. Avanzó un poco más. Descendió los últimos peldaños y cayó.

Una vieja Xerox

I

Alguna vez fui una novedad, hoy no soy nadie o casi nadie. Llegué a este lugar antes que muchos y ahora conspiran contra mí. Así es la vida. Los he escuchado. Hablan de lo que harán conmigo, de sustituirme y no les importa que los escuche. Son unos egoístas. Nunca han pensado en mí. ¿Creen que una fotocopidora nueva será mejor? No lo creo. Pasará como siempre. Todo lo moderno es desechable. Al final solo gastarán más y más. Imbéciles. ¿No se dan cuenta? Nunca lo hacen. Al contrario. Repiten su deseo una y otra vez, como un mantra: *Necesitamos una mejor, que saque copias por los dos lados, que también sea impresora, que optimice el tiempo.* ¡Mal agradecidos! ¿Ya olvidaron todo lo que hice por ellos? ¿Ya olvidaron los años que hemos compartido juntos? Es posible que ya no sea la misma que antes, pero no pueden hacerme esto. ¿Qué pasaría si nosotros pudiéramos hacer lo mismo? Ojalá fuera posible. Poder lanzarlos a la basura cuando ya son unos viejos. Porque, pensándolo bien, aquí los únicos que envejecen son ellos. La “señorita” Morales, por ejemplo, actúa como una jovencita, pero de su belleza –si es que la tuvo– ya no queda nada. Cruza frente a mí y se contonea igual que hace 26 años. Me da asco. ¿Les molesto porque ya no sirvo? Pues ella es menos funcional que yo. Lleva todo este tiempo trabajando para el licenciado Berriozabal y siempre ha hecho lo mismo. Responde una o dos llamadas al día y el resto de la jornada pasea por la oficina enseñando sus piernas horrendas.

Hace tiempo volteaban a verla para admirarla, pero ahora todos hablan sobre lo ridícula que se ve contoneándose. El licenciado ya ni siquiera la toca, ¿quién lo haría? Antes lo hacía todo el tiempo, lo vi cuando yo era nueva por aquí. Sin embargo, su relación terminó hace mucho tiempo. Eso es lo que más le pesa al licenciado, quizá. Tener que darse cuenta de la caducidad que tienen sus gustos. Porque a él le gustan jovencitas. Entre más, mejor. Por eso contrató a Alejandra, que no sé quién se la recomendó. Ella sí es bonita. Tiene una cara linda y sobre todo —que es lo que le interesa al licenciado— buen cuerpo. Ella no necesita andarse paseando ni nada. De hecho, casi no habla. Sólo se queda sentada en su lugar poniendo etiquetas a los folders. Al licenciado le da lo mismo. Desde su oficina la observa fascinado. Desde aquí, donde estoy, al otro lado del pasillo, lo puedo ver admirando sus piernas cruzadas y esos labios rojos que se muerde cuando pone chueca alguna etiqueta. No te preocupes, bonita, le dice el licenciado cuando Alejandra comete algún error. *No importa, lo haces muy bien*. Sí, es una lástima. Es linda pero no muy eficiente. La he visto tirar su café varias veces sobre los papeles del jefe, y siempre se olvida de quitar las grapas cuando pone las malditas hojas sobre mi lomo. Yo intento advertirle, una y otra vez, pero no me escucha, nadie lo hace. ¿Me he hecho vieja? Tal vez, pero ha sido por ellos. Por el mal trato que me han dado. Ya se los ha advertido el muchachito tonto de informática que viene a meterme mano al menos tres veces al día.

—Está bien —le dice nervioso a Alejandra—. Solo hay que tener cuidado.

No es guapo, la verdad, pero sabe dónde tocarme, sabe lo que hace.

II

Hoy se reunieron frente a mí. Quieren humillarme. Trajeron el catálogo de nuevas impresoras y hablaron emocionados sobre cuál sería mejor. Estaban todos, o casi todos. Hablaron sobre la vergüenza que era seguir trabajando conmigo.

—Miren ésta —señaló una página la señorita Morales. Se la mostró a un joven de ventas, bien parecido pero bastante bobo y que solo dice “ajá, ajá”—. ¿No es bonita?

—Ajá, ajá...

Y ella leyó las características fingiendo que sabía del tema, aunque tartamudeaba como un niño que está aprendiendo a leer, o como un soldado en medio de la guerra leyendo un telegrama.

—Ve-velocidad hasta 58 p... p-p-m, reso-lu-lución hasta 1200 x 1200 p... p-p-p, tiempo de salida de la primera página 7 segundos.

Volteó a ver todos.

—¿Se imaginan? ¡Siete segundos!

Siguió.

—Pup-puertos U-S-B 2.0 de alta velocidad (ho-host/dis-posi-tiv-o), puerto de red gi-gi-gi-gabit ethe-e-erne-t 10/100/1000T integrado, paquete de integración de hardware (H-I-P).

¿Qué era todo eso? No tenía idea qué era lo que decía la “señorita” Morales. Lo único que quería era hacerme sentir mal. Ponerlos a todos en contra mía. Y lo logró. La apoyaron. Nadie sabía lo que significa todo aquello que había leído, pero les pareció maravilloso. Imbéciles humanos.

Sin embargo, las cosas no quedaron así. Tomé venganza. En la tarde se acercó hacia mí la odiosa señorita Morales, contoneando sus piernas flacas, y colocó unos

documentos, que supuse importantes, y apretó mi botón rojo. Cualquier impresora sabe que lo que sigue es muy simple. Hay que tragar página por página sin masticarla y luego nuestra naturaleza hace el trabajo. Para nosotras este proceso es como para los humanos la comida. No siempre sabemos bien cómo funcionan las cosas, pero podemos controlar algunos impulsos. Yo misma puedo hacerlo. Así, en vez de permitir que mi organismo siguiera normal, provoqué, como ya había hecho antes, que se sobrecalentaran los mecanismos. Las hojas se atoraron, se amontonaron y se quemaron. Ella sonreía ridícula, hasta que escuchó el extraño ruido proveniente de mis entrañas. Me dio gusto ver su estúpida cara de desconcierto. Sí, algo terrible había pasado. ¡No! ¡No! Me hubiera encantado reír en ese momento. Sus patadas, sus golpes y sus lloriqueos no me importaron en lo absoluto.

El jovencito de informática vino asustado. Por alguna razón sentía que todos mis errores eran su responsabilidad. Me gusta. No solo es la forma en que me toca y me conoce.

—Lo siento —le dijo a la señorita Morales, entregándole una inservible bola de papel quemado.

—¡Carajo! —comenzó a gritar ella— ¡No tenía respaldo! ¡Eres un imbécil!

Imbécil tú y tus piernas y tu ridículo trasero. ¡Cómo te atreves a hablarle así! Si al menos pudiera moverme. Pues quién te crees que eres. ¿Por contestar dos llamadas te sientes con el derecho de gritar? Métete conmigo, si eres tan valiente.

—Tranquila —dijo el chico de soporte técnico. Yo sentí que me lo dijo a mí y aquello me removió por dentro. Estábamos convirtiéndonos en cómplices. Nos volvimos un equipo.

—¡Estoy harta! ¡Esto no se va a quedar así!

Él se disculpó de nuevo y se agachó a consolarme mientras ella se alejaba por el pasillo. Nos quedamos en silencio mientras él intentaba reparar el daño.

Yo no sabía qué decir.

—Yo sé que aún funcionas —dijo de pronto el joven de informática, como si me hubiera escuchado—. Si nadie te quiere, te llevaré conmigo.

Aquella noche no pude dormir. Me emocionaron sus palabras. Jamás me había sentido tan querida. No podía dejar de pensar en él. ¿Cómo no me di cuenta en todo ese tiempo? Eso dicen: a veces una tiene lo que busca justo enfrente y no es capaz de verlo.

Al día siguiente funcioné a la perfección.

III

Jorge. Se llama Jorge. Sólo así. Llevamos juntos casi un año. Al principio, como siempre pasa, fue maravilloso. Ahora no lo sé. Tenemos muchos problemas. Cuando llegué aquí, a su casa, a su habitación, me sentí extraña, pero eso era mejor que seguir lidiando con aquella bola de oficinistas frustrados. Yo merecía una vida mejor y creo que ahora la tengo. Aunque a veces extraño mi trabajo, mi vida. Cada día me siento más inservible.

Los primeros meses fueron maravillosos. Su familia me aceptó, aunque al principio su madre fue grosera. *¿Para qué traes basura? La voy a arreglar, mamá.* Y sí, lo hizo. Me regaló una segunda vida. Era perfecto. Me cuidaba. Me hablaba. Me tocaba. Me cambió el tóner y algunas piezas que me hicieron sentir mejor. Por un momento volví a ser joven. El amor me dio una segunda oportunidad. Me encantaba pasar tiempo con él, escucharlo, sentir sus manos.

Trabajamos juntos mucho tiempo. Nos desvelábamos

y reíamos. Era perfecto. Ya no me interesaba aquella humillación que había recibido el día que se deshicieron de mí en la oficina. El día en que me desconectaron y todos aplaudieron. Estuve a punto de llorar. Gracias a Dios las fotocopiadoras como yo somos bastante orgullosas. Fingí. *Me largo, por fin, no quiero volver a verlos.* Me dio lo mismo que se rieran, y la estúpida sonrisa de la señorita Morales que me miraba con desprecio. En sus labios se percibía el odio. Pero no, no me importó. Lo que sí me dolió, y debo aceptarlo, fue que me la mostraran. Que pusieran junto a mí a esa HP nueva y comenzaran con las comparaciones. Sus expresiones vuelven a mi mente una y otra vez. *¡Qué diferencia!, ¡saquen esa basura!* Hasta el señor Berriozabal se acercó a celebrar la nueva adquisición. *¡Magnífico! Ahora sí, a trabajar con muchas ganas.*

—Sácame de aquí, por favor —le dije a Jorge, entonces, sin conocer su nombre aún.

También recuerdo eso. La forma en que me abrazó.

—Jorge, me llamo Jorge —dijo, cariñoso, cargándoseme en sus brazos—. Vámonos de aquí.

Me consoló toda la noche. Me dijo palabras dulces. Se durmió junto a mí. Al día siguiente comenzó a repararme y a los pocos meses ya me había rehabilitado por entero. Fue una hermosa época. Es verdad. Sin embargo, ahora todo ha cambiado. Desde hace un par de meses se volvió otro. Poco a poco dejó de utilizarme, de hablarme, de contarme sus problemas. Al llegar del trabajo se mantenía lejano y silencioso. Yo intentaba hablarle, pero él solo respondía con monosílabos o me daba vueltas.

—Por favor, cuéntame cómo te fue.

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí. Quiero dormir.

Se fue alejando de mí. Un día llegó borracho y nos hicimos de palabras. Me rompió el corazón. Pensé que iba a golpearme. Dijo cosas horribles que quizá sentía en verdad, aunque al día siguiente me pidió perdón. ¿Qué esperaba? Alguien tan joven no podía estar mucho tiempo conmigo.

IV

Ayer hablamos. Después de mucho tiempo pudimos hacerlo. Fue difícil tomar una decisión. Le dije lo que sentía y él también. Yo no podía ofrecerle más que mi compañía y él buscaba cosas nuevas. Eso me lo dijo y me dolió. Se había enamorado de otra, de esa HP, que además era la favorita de la jovencita Alejandra. Lo debí imaginar. Qué ingenua fui. Con razón volvía cada vez más tarde del trabajo. Pero claro ¿cómo se podía comparar una vieja Xerox como yo con ella? Cualquiera se rendiría ante su forma, su sonrisa, su manera de deslizar las páginas. Lo supe en cuanto la vi. Aunque debo confesar que jamás imaginé que él fuera como todos. No lo culpo, también se lo dije. Necesita a alguien de su edad que le pueda ofrecer todo lo que necesita. Por eso acordamos separarnos.

—Perdóname —dijo y me abrazó.

—También perdóname tú —meforcé por no llorar.

Juntos redactamos la nota de venta. En realidad fue casi un regalo. Yo le dije que me tirara en la calle, o que me diera al ropavejero, pero no quiso.

—Yo me las puedo arreglar sola —le aclaré.

Pero él insistió. No podría abandonarme así, indefensa. Dijo que le gustaría seguir sabiendo de mí, visitarme. Saqué las copias que me pidió: diez hojas que pegaría por toda la oficina.

V

Ayer vino por mí la señorita Morales. No pude evitar que me llevara por más que grité. *Mejor me hubieras tirado a la basura*, le dije a Jorge una y otra vez. Él insistió pidiéndome perdón, diciendo que nadie más me hubiera comprado. Que ella le había dado casi el doble.

—Te visitaré.

Eso fue lo último que dijo. Maldito. Todos los hombres son iguales. ¿Qué será de mí? Me siento triste. Estoy muriendo poco a poco y de la peor manera. ¿Por qué no me matan de una vez? ¿Por qué no me lanzan al vacío desde una ventana? Ya no quiero seguir viviendo. No quiero terminar mis días en esta casa, con esta mujer, con este apestoso aroma a gatos.

Ojalá no hubiera nacido.

Ni en palabras

Cariño, le dijo tomándola de la mano. Subieron a su departamento. *Cariño, cariño*. La condujo apasionado. Entraron. *Cariño*. Le sirvió un vaso de agua, la miró a los ojos. *Cariño*. La besó con ternura. No le ofreció nada más y cubrió la cama con unas sábanas raídas. *Cariño, cariño*. Apagó la luz y encendió una vela derretida que no duró. La oscuridad tembló, los cubrió. No buscó otra vela. La besó de nuevo. *Cariño*. Ella pasó las manos por su pecho, lo besó también. *Cariño, cariño*, repetía él, insistente, abandonando su aliento. Sus lenguas se descubrieron. Ella recibió las palabras directo en la garganta: *Cariño, cariño*. Las ropas cayeron al suelo y se recostaron. Él continuaba: *Cariño, cariño*; mientras las respiraciones se aceleraban. Besó sus brazos finos y sus piernas de mujer. La recorrió bajo sus manos. *Cariño, cariño*. Hasta que algo se quebró dentro de ella. Respiró profundamente y comenzó a besarlo del mismo modo. Lo besó con desesperación en sus manos, en su rostro. Mientras, él seguía: *Cariño, cariño*. Le recorrió el cuello con sus labios finos. Llegó al rostro y se guió por él. Sintió lo áspero de una barba incipiente. *Cariño*. Y su respiración se quebró. *Cariño, cariño*. Llegó al oído y lo sintió. Sabía que le gustaba. Lo excitó, lo lamió, lo besó. Él se estremeció: *Cariño, cariño*; mientras ella recorría la oreja con pasión. Él la apretó contra su cuerpo. La tocó. Se erizó. *Cariño*. Hasta que ella le mordió el lóbulo con odio. Él gritó de dolor: ¡*Cariño!*, y ella se paró enfurecida.

—Ni en palabras quieres gastar, carajo. ¡Odio que no sepas decir otra cosa!

Se vistió y salió azotando la puerta. Él se quedó ahí, ridículo, desnudo; protegiendo su oreja, con sangre entre

los dedos. Se sintió terrible, lleno de vacío. Corrió por la oscuridad hasta la ventana. Se paró en la única silla que tenía y se asomó. La vio correr por el pasillo, desconsolada. Se sintió peor. Pensó en alcanzarla, invitarla a cenar, comprarle unas flores, quizá un vino, llevarla a un hotel, a un viaje, pero no..., era demasiado. Sólo atinó a gritarle: *¡Cariño!, ¡cariño!*, sin comprender por qué se había enojado tanto.

Me recuerdas a no sé quién

Comenzó desde que era muy pequeño. Su madre se lo contó. No caminaba aún, cuando ya se acercaban algunas personas para mirarlo y decirse entre ellas: *¿A quién te recuerda?* Asentían, lo señalaban, murmuraban, se reían o se quedaban simplemente asombrados: *¿A quién?* Entonces su madre, que lo había mostrado orgullosa, y que pensaba que su hijo era único, borraba su sonrisa, los miraba molesta y se alejaba sin decir palabra alguna. ¿Qué se puede responder ante un comentario semejante?

Los primeros días, después de su nacimiento, todo parecía normal. Como suele suceder, amigos y familiares los visitaban, y ellos, sus padres, mostraban muy orgullosos a su pequeño, al que todos halagaban. No hubo nada extraño al principio, hasta que una tía suya, quien dio el primer indicio de lo que sería su vida de ahí en adelante, se le acercó. Se quedó mirándolo mientras la joven pareja esperaba, como si fuera un juicio —que era lo que siempre se esperaba de ella—, su veredicto.

—Me recuerda a no sé quién —dijo.

Sus padres se voltearon a ver fugazmente antes de sonreír y tomarlo a broma. Había dicho lo que todos pensaban, pero que nadie se había atrevido a aceptar.

Al poco tiempo sucedió de nuevo. Lo sacaron a la calle por primera vez y un grupo de mujeres que caminaba frente a ellos se detuvo para mirarlo fijamente. Su madre de inmediato sonrió esperando el obligado comentario hacia todo recién nacido: *Está precioso*. Sin embargo, eso no pasó. La mujer aquella volteó a ver a sus amigas, les dijo algo en voz baja —algo que ellos no entendieron—, y sin reparar en lo que podrían pensar, lo señaló y les dijo: *¿No les recuerda a alguien?*

Nuevamente un instante incómodo alteró el ambiente y los dejó en silencio por el resto de la tarde.

Luego otra vez y otra y otras.

Fue a los pocos días. Una pareja entró al restaurante donde cenaban y se detuvo junto a la carriola que les había regalado la abuela, a quien apenas conoció.

—Oye —el chico detuvo a quien seguramente era su novia—, ¿no te recuerda a alguien?

La chica lo miró fijamente e hizo cara de sorpresa.

—¡Claro! ¡Pero a quién!

De nuevo sus padres no supieron qué decir, pero el resto de su cena lo pasaron mirándose envueltos en una nube de incomodidad.

Desde entonces cada día que salían era lo mismo. En el cine, en el parque, en el consultorio médico. La situación se volvió tan insoportable que sus padres peleaban continuamente y terminaron por ir a terapia de pareja. Les diagnosticaron todo: “depresión postparto”, “crisis”, “falta de vitaminas”. Nada sirvió. La calma solo llegaba por ratos, mientras estaban en casa. No obstante, si alguien los visitaba o salían, volvía el malestar de siempre: *Me recuerda a no sé quién. Es idéntico. Se parece. Lo tengo en la punta de la lengua.*

Ningún terapeuta pudo aliviar eso y la relación entre sus padres se deterioró por completo. Dejaron de hacer el amor, se dejaron de hablar, adelgazaron, y evitaron salir en lo más posible a cualquier lugar, al menos acompañados de él, del niño, quien desde entonces se acostumbró a la soledad.

Se volvió un infierno. Tuvieron que adaptar sus horarios, hacer turno para cuidarlo, pues nadie, al parecer, podía hacerse responsable de su condición. Contratar una niñera fue imposible. La primera de ellas, apenas puso un pie en la casa, lo miró e hizo la misma

expresión y el mismo comentario: *Me recuerda a alguien, pero no sé a quién.*

Entonces comenzaron las dudas. ¿Quién era aquel otro? Sus padres se miraban, especulaban. Ella creía que quizá él había tenido una aventura y había tenido un hijo fuera del matrimonio. Él creía que quizá ella se había acostado con alguien, y que su hijo era de otro hombre.

Así empezó el encierro, las peleas, las preguntas y el martirio.

Antes de salir a algún lugar, ambos lo observaban detenidamente, y afuera intentaban identificar a la persona aquella que podría estar en cualquier sitio. Durante el trayecto al trabajo se fijaban en la gente; mientras hacían las compras en el mercado, o haciendo una fila en el banco. Se volvió una obsesión para ambos y lo sería también para él, con el tiempo.

Desde que tuvo conciencia se acostumbró a escuchar las discusiones de sus padres, a las comidas en silencio, a los comentarios de la gente. *¿A quién te pareces?* Ni siquiera cuando empezó a ir al colegio las cosas cambiaron. Creyó por un instante que usar uniforme lo haría igual a los demás, pero ni eso le ayudó. La directora de la escuela lo dijo desde el primer momento: *Su hijo me recuerda a alguien*, y luego sonrió. *¿A quién? ¡A quién!* Nadie lo preguntó, ni siquiera él.

Aquello fue suficiente. Les colmó la paciencia. Al poco tiempo sus padres se separaron y su infancia —¿era suya?— transcurrió como algo muy complicado. Se quedó viviendo con su madre, y casi todo el tiempo encerrado como un fenómeno. Pasaba las tardes jugando solo en su habitación, con amigos imaginarios y que por lo tanto, no lo comparaban con nadie más.

Solo una vez en su vida asistió a una reunión y fue una tragedia. La gente se acercaba, lo saludaban, lo mira-

ban fijamente y le decían: *Perdón, te confundí. Disculpa, me recuerdas a no sé quién.*

En la secundaria y la preparatoria tuvo problemas semejantes constantemente. Se volvió irritable y no soportaba que nadie le dijera lo que ya sabemos. Cambió varias veces de escuela y nada funcionó. Apenas cruzaba por los salones, por el patio, por los baños o por cualquier rincón, podía sentir las miradas. Así era siempre durante los primeros días. Lo veían fijamente, lo señalaban y después no faltaba alguien que se le acercara diciendo: *Hola, me recuerdas tanto a alguien, pero no sé a quién.* Luego otro también lo decía, y luego otro y otro y otro. Hasta que la situación se volvía insoportable y entonces cambiaba de escuela, otra vez, y todo se volvía a repetir.

Su madre, desesperada por la situación, recurrió a todo. Se cambiaron de casa, de colonia, de ciudad y de país. Viajaron a España e intentaron vivir en el pueblo de Aranjuez durante un tiempo. Ahí nadie podría reconocerlo, seguro; era imposible. Y así fue al principio, los dos primeros días. Sin embargo, al tercero, sucedió. Salió a la calle, libre, sintiendo que por fin podría tener una vida normal y entró a un bar. Apenas se había sentado, cuando el cantinero se volteó en seco y le dijo:

—Joder, ¿no nos hemos visto antes?

No esperó a que le sirvieran. Al instante salió de ahí y volvió a su casa para encerrarse. Su madre lo esperaba tomando café, nerviosa. En cuanto lo vio cruzar la puerta supo lo que le sucedía. ¿Qué era todo aquello? ¿En ningún lugar iban a poder estar tranquilos? Y no, no lo estuvieron nunca. Volvieron a su país, se encerraron, y él comenzó a salir únicamente para lo indispensable. No es necesario decir que cuando lo hacía se repetían las mismas caras de duda y las mismas palabras.

Vio a su madre envejecer en la angustia y a su padre fallecer sin entender qué había hecho mal. ¿Quién era realmente su hijo?

Nunca tuvo novia, claro está. Lo intentó una vez, pero fue imposible que la familia lo aceptara. Bastó con que el padre de la joven le dijera a su hija: *No me da confianza, me recuerda a no sé quién*, para que ella dejara de responderle los mensajes. Por esa razón vivió con su madre para siempre, hasta que ella también falleció.

Fue entonces que se obsesionó por encontrarse. Miraba la televisión todo el tiempo, compraba revistas, periódicos, y miraba todas las películas que salían en el cine. Comenzó a buscarse en cualquier lugar. En las calles, en los restaurantes, en los museos.

Conseguir trabajo le era casi imposible. Cuando lo intentó en su juventud se enfrentó a la misma barrera. La gente que lo entrevistaba apenas lo escuchaba hablar. *¿Nos conocemos de algún lado?* Y eso era todo lo que bastaba para que no lo contrataran. No les daba confianza.

Vivía de una pensión que le dejaron sus padres. Así que tenía el tiempo suficiente para buscarse a sí mismo. Pronto dejó de salir y se obsesionó por ver y leerlo todo. Tenía que estar en algún lado, tenía que estar en algún lado. No logró nada. Solo apartarse del mundo. Su casa se llenó de objetos, de basura, de revistas y de polvo. Cada tres días le llevaban comida, siempre con la intención de verlo, pero él evitaba salir. Dejaba el dinero en un sobre, en la entrada, y recogía la comida cuando nadie podía mirarlo.

Dejó de dormir, de asearse. De la mañana a la noche veía los programas de concursos, las telenovelas, las películas, las caricaturas, los documentales y los programas religiosos. Todo. Los primeros días pasaba alrededor de doce horas frente al aparato. Sin embargo,

después decidió mudarse al sillón. Se instaló ahí, listo para no dejar pasar un solo segundo sin mirar la televisión. Nunca la volvió a apagar. Las revistas y los diarios que lanzaban al patio, y que él recogía en las noches, se acumularon alrededor de él. Igual que la comida y las cucarachas. También las ratas que devoraron su rostro y su cuerpo.

Lo hallaron así. Sentado, con un periódico en las manos rígidas. En la página abierta, que fue lo primero que tiraron a la basura, estaba marcado con un círculo el rostro de un hombre.

El abuelo

—Pero si no estás muerto.

—Claro que lo estoy —contestó el abuelo—. Tú nada más llora y ya; yo me quedo quieto, como debe ser.

—¿Y si me da risa? —cuestionó el nieto.

—¿Risa? —se indignó el abuelo—. ¿Te da risa mi muerte?

—No, no es eso —atajó el nieto—. Es sólo que... no estás muerto.

—Si me sigues interrumpiendo —se enfadó el abuelo—, jamás voy a estarlo como se debe. ¿No puedes tan sólo ponerte a llorar y ya?

—Pues si quieres —respondió el nieto—. Nada más te digo una cosa: los muertos no hablan.

—¿Ah, no? —se irguió el abuelo—. Entonces dime, a ver... ¿por qué estoy hablando?

—¿Será porque no estás muerto? —Respondió el nieto de forma burlona.

El abuelo vio el cuarto donde había pasado los últimos cuatro meses, escuchó atento que no viniera nadie, y le dio una bofetada a su nieto.

—Amí no me faltes al respeto, cabrón —lo reprendió—. Si digo que estoy muerto, estoy muerto y ya.

El nieto se cubrió el rostro y no contestó. El abuelo sintió de inmediato un terrible remordimiento. Jamás le había pegado, al menos en vida.

—Discúlpame —acarició la cabeza de su nieto—. Es que es la primera vez que muero. Estoy nervioso.

—Entiendo —contestó el nieto, sólo por decir algo.

—¿Y bien? —retomó la conversación el abuelo después de un rato—. ¿Lo harás?

—¡Pero qué quieres que yo haga! —se desesperó el

nieto, aún resentido por el golpe que le había dado.

El abuelo cerró los ojos, se tranquilizó y contestó:

—Llorar, sólo llorar.

Silencio.

—Pero es que... —replicó el nieto dubitativo—, no quiero llorar, no quiero que te mueras.

—Ya estoy muerto.

—¡No es cierto! ¡No estás muerto! ¡No estás muerto!

El nieto cayó sobre el regazo de su abuelo y lo zarandeó. Ahogado en su propio llanto que guardaba en la garganta continuó gritando. Su madre lo escuchó, corrió y abrió la puerta de la habitación: se abalanzó sobre su hijo. El corazón se le rompió al mirarlo llorar sobre el cuerpo inerte de su padre. Todo lo valiente que había querido ser hasta el momento se acabó. Fue débil. Abrazó a su hijo y lo consoló.

—Ya, hijo, tranquilo; tu abuelo estará bien.

—¡No está muerto! ¡No está muerto! —insistió su hijo.

El abuelo abrió los ojos por un momento y los vio salir de la habitación. Después, sólo después, los cerró al fin, para siempre.

Otras palabras

Por un instante, luego de meses de no hacerlo, pensó en encender el televisor. No lo hizo, por fortuna, aunque eso no cambió su suerte.

Colocó el control remoto en el mismo sitio de siempre y puso música en el estéreo que su hermana le regaló cuando se mudó solo. Pensó en ella y por un momento su infancia le vino a la cabeza. No en imágenes, sino en palabras. Recordó su voz y las cartas que le escribía cuando era pequeño. Desde entonces, decía su madre, tenía ese talento. Aunque él no lo recordaba así. Cosa de niños, nada más. De cualquier modo sería interesante preguntarle algún día por las cartas y quizá leerlas.

Dejó correr el agua de la regadera hasta que se calentó, y se bañó intentando hacer alguna historia al respecto. Nada fluyó, como le pasaba últimamente. Ni antes, ni ahora. El talento quizá nunca había existido. Se vistió combinando la poca ropa que tenía. Salió entonces al pasillo del edificio y cerró la puerta con la combinación que las cerraduras exigían. Una molestia que le parecía innecesaria. Descendió los tres pisos hasta la puerta que daba a la calle y salió. El hombre vestido de naranja, que todos los días pasaba a recoger la basura, lo miró y bajó la vista sin saludarlo. No le extrañó. Así son las grandes ciudades, las personas son como objetos que se mueven. Nadie significa nada. No vale la pena gastar las palabras en asuntos que no son importantes, y fuera de uno mismo, en esas urbes, nadie resulta importante para los demás. De cualquier modo quiso hacer la diferencia y lo saludó: *Buenos días*. Pero el viejo vestido de naranja no respondió, como siempre, aunque a diferencia de otros días alzó el rostro y lo miró fijamente.

Sus ojos revelaron una confusión injustificable, pues ese acto, su saludo, era algo común. Por un momento esperó que le respondiera, pero nada. Sólo lo miró como si él lo hubiera insultado.

Se dio la vuelta sin hacer caso y se dirigió a la estación del metro más cercana. En el caminó miró a una mujer hermosa que lo hizo detenerse un momento, y a la que se imaginó escribiéndole cartas.

Al entrar a la estación se cruzó con dos hombres que conversaban a gritos. Caminó a paso lento. Jamás había podido controlar la curiosidad de escuchar las conversaciones ajenas. Le encantaba agarrar las palabras al aire, y las peleas por la mitad. Era un juego. Imaginar cualquier cosa. Llenar los vacíos y formar historias que seguramente no existían. Aguzó el oído y escuchó atento. Aunque de nada sirvió. Los hombres discutían en un idioma que no conocía. Y aunque en realidad sólo hablaba, además de castellano, el inglés, le pareció que ese idioma no era como ninguno. Tuvo la impresión de que no existía. Que sólo lo hablaban ellos dos.

Se detuvo fingiendo buscar algo en su portafolio y escuchó. Permaneció escuchando e imaginando lo que estarían diciendo. No era tan divertido como cuando conocía cierto tipo de referencias. Pero no estaba mal. Mientras pensaba eso, una estudiante se acercó para pedirles algo. A la adolescente no le importó interrumpir. Cortó la conversación de los hombres sin consideración alguna. Dijo algo que no pudo entender porque habló en la misma lengua extraña que ellos, aunque supuso que era dinero, ya que los hombres sacaron monedas de su pantalón y se las dieron sin prestarle atención. Querían deshacerse de ella para continuar con su discusión. La joven les agradeció con palabras extrañas y se alejó.

¿Qué había sido eso? ¿La niña hablaba el mismo idioma que ellos? Era una gran casualidad. Una casualidad casi imposible. Aunque, pensó, todas las casualidades lo son.

No se preocupó más y dejó a los hombres encerrados en su extraño núcleo. Bajó las escaleras hacia la taquilla y entonces comenzó el delirio. Pidió dos boletos, y la mujer que atendía se le quedó mirando. Él volvió a repetirlo y depositó cinco pesos en la bandeja de la taquilla. La mujer dijo algo que él no entendió, y que le pareció, quizá por el hecho de que antes lo había escuchado, la lengua con la que los dos hombres discutían, y con la que la niña les pidió dinero. No quiso perder más el tiempo y a través del cristal le indicó a la mujer con los dedos la cantidad de boletos que deseaba: dos. Recibió su cambio y cruzó los torniquetes de la entrada introduciendo uno de los boletos en la ranura. Saludó como todos los días al policía que estaba ahí parado y que jamás era el mismo. No le importaba si le contestaba o no, eso estaba en él. El policía no respondió, como si no le hubiera entendido lo que dijo. De hecho se le quedó mirando de un modo semejante al del hombre de naranja que recogía la basura. Nada importante. Aquel era solamente uno de esos días insoportables en que toda la gente se ha levantado de mal humor.

Esperó el metro y sacó su libreta para retocar un cuento que estaba a punto de terminar. Le gustaba revisar en el camino. No leyó. No alcanzó a abrirla siquiera. Una pareja de ejecutivos, quizá amantes, lo distrajeron. Se acercaron a un lado de él. Iban de la mano y se decían palabras de amor. Al menos eso supuso porque esta vez, como todas las anteriores en esa mañana, no entendió lo que decían. Hablaban también en una lengua extraña, lo mismo que los hombres que discutían, la joven estu-

diante y la mujer de la taquilla –quizá también el hombre de naranja, y el policía, pensó–.

Sin mirarlos se mantuvo al pendiente intentando entender. ¿Qué lengua era esa? Como casualidad ya era suficiente. Los miró sin ningún pudor, intentando reconocer en ellos alguna clase de facción que revelara su procedencia. Pensó en alguna convención de extranjeros, de un país raro, en algún hotel cercano. ¿Sería posible? Tal vez. Esa era una ciudad de locos y cualquier cosa podía suceder. No obstante, pensó en la mujer de la taquilla y la joven. Ellas no podían ser parte de la convención –tampoco el hombre de naranja, ni el policía–. Aunque por otro lado, existía la remota posibilidad de que los encargados del metro hubieran planeado poner a una mujer en la taquilla para atender a los asistentes al evento. ¿Pero y la joven, y el hombre de naranja y el policía? Tal vez era una niña inteligente, de esas prodigios, o también existía la posibilidad de que hubiera nacido en alguna otra parte del mundo, donde se hablaba ese idioma, y por azares del destino hubiera tenido que mudarse a la Ciudad de México. Tal vez.

Continuó escuchando y observando a la pareja, aunque no encontró nada especial en ellos. Tenían las características generales del mexicano promedio. Esas que todos podrían identificar. Lo que no quiere decir que en ningún otro país pudieran repetirse tales características. Entonces pensó en dónde. No encontró ninguna referencia. La pareja notó su mirada, y guardaron silencio. A nada estuvo de abrir su libreta para fingir leer, aunque sabía que no podría hacerlo. Eran demasiadas preguntas las que rondaban su mente, y además la pareja reanudó su conversación.

El convoy llegó. Una de las puertas de los vagones quedó frente a él. Era otro juego. Sabía cómo hacerlo,

dónde pararse para jamás fallar. Aunque esa era una de las estaciones en que bajaba muy poca gente y de nada valía el truco. Aun así tenía que estar al pendiente para alcanzar al menos un espacio vacío. Una sola persona bajó, y él ocupó su lugar. La pareja ni siquiera lo intentó. Imaginó que siempre habían estado ahí y él no lo había notado nunca.

La gente dentro del vagón se acomodó. El olor era insoportable, a pesar de lo temprano que era, y de que la mayoría parecían recién bañados. Por la tarde los humores eran aún más terribles. Por eso muchas veces esperaba en las oficinas de la editorial hasta que dieran las ocho de la noche, hora en que ya había menos gente.

Un hombre alto, fornido, quizá albañil, se abrió paso hasta llegar atrás de él. Le tocó el hombro y algo le preguntó. Algo que él no comprendió y que por más que el hombre repitió, no pudo entender. Se trataba del mismo idioma incomprensible. Ese hombre no tenía idea del muro que acababa de derribar. Se le quedó mirando, sorprendido. Esta vez completamente asustado. ¿Qué dice? Y el hombre fornido respondió algo, de nuevo ininteligible. Al llegar a la siguiente estación, el hombre lo hizo a un lado con violencia, y salió. Ahí era más la gente que entraba y lo empujaron de una forma horrible, comprimiendo su cuerpo junto al de muchos otros. Pidió disculpas a alguien que pisó, y que le respondió de nuevo, maldita sea, en el lenguaje aquel.

No se le ocurría nada. Sólo que se había vuelto loco. Decidió entonces poner atención al mar de conversaciones y todas eran iguales. No entendía nada. Se sintió mareado, y estuvo a punto de desvanecerse. Todo le daba vueltas. Decidió bajar en la siguiente estación, aunque aún faltaban muchas para llegar a su destino. Quería tomar aire, respirar. No le costó trabajo. En la siguiente

estación mucha gente descendió y lo bajaron. Se dejó hacer, a diferencia de otros días en los que ponía resistencia. Apretó su libreta contra el pecho, con la poca fuerza que le quedaba, y se fue con la marea. Quedó recargado en un anuncio de pastillas contra el dolor de cabeza. *Qué ironía*, pensó, mientras llenaba sus pulmones con aire que no le pertenecía, y que silbaba en la punta de su nariz. Intentó tranquilizarse y detener el suelo que se contraía cada vez más. Quiso fingir que era un hombre cualquiera, que no estaba pasando por nada extraordinario. Sin embargo, las personas lo notaban. Lo miraban extrañados. Parecían empujarlo a la salida con tal fuerza que lo hicieron caminar lento.

Así llegó hasta la salida. Empujó el torniquete con la poca fuerza que le quedaba y se dirigió al primer teléfono público. Sin pensarlo llamó a su trabajo. No se sentía nada bien para asistir. Iba a poner algún pretexto y regresar a su casa a dormir. Quizá así se le pasarían los nervios. Necesitaba descansar. Sonó el tono tres veces y una de las redactoras contestó. La reconoció al instante, aunque para empeorar su día, no entendió nada de lo que le dijo. Él gritó su nombre una y otra vez, pidiendo ayuda, sin saber ya lo que intentaba decir. Del otro lado, bajo palabras extrañas, también se revelaba angustia y miedo. Debía estar asustada. No tanto como él. La sombra gris le subió de nuevo hasta los ojos y se los cubrió por completo. Sintió desvanecerse y se agarró de la cabina. Se sostuvo por un momento hasta que también se le taparon las fosas nasales. Se ahogaba. Cayó al suelo, desmayado. Chocó contra el piso formado por letras enormes, acolchonadas, que a su vez formaban palabras, o sueños, o lo que era la interpretación de los ruidos. En eso pensó. Que todo sitio donde pisamos es la parte de una cuerda que hacemos sonar.

Quedó de espaldas y se movió como si alguien lo jalara en el aire. Miró unos pies que en un momento se convirtieron en jirafas y elefantes. Escuchó un ruido que se extendió hasta él, y que descubrió era el silencio. Se detuvo en el mismo lugar que había caído y se dejó inundar por completo con la negrura. Hubiera querido no despertar nunca, pero fue inevitable. Lo hizo al fin y encontró cientos de rostros moviéndose frente a él. Rostros con varios ojos y bocas, y oídos, y voces que lo intentaban reanimar. Enfocó bien y pudo distinguir a una mujer y un hombre que le lanzaban aire al rostro. Se quedó tranquilo. ¿Qué había pasado? Respiró profundamente una y otra vez hasta sentirse mejor. El hombre y la mujer le decían que no intentara hablar. Que se relajara. Había sufrido un desmayo. Él les entendió perfectamente, y se quedó de espaldas durante unos minutos más, sin hablar.

Por fin pudo ponerse de pie, con ayuda. Entonces quiso agradecer y habló. De su boca salieron puras palabras incoherentes, extrañas. *Es normal*, le dijeron, *te golpeaste la cabeza, ¿a quién podemos llamar?* Él intentó responder, y de nuevo no pudo hacerlo.

Identidad

Cambiar fue fácil. Tomó la decisión y lo hizo. Miró fijamente al hombre que estaba frente a él y comenzó a sentir su rostro transformarse, adquirir sus facciones.

Desde entonces comenzó a adoptar gestos: ojos, nariz, boca, cuerpo, orejas, sexo, panza, piernas, manos, colores y voces de otros. No importaba de quién. Se convirtió en niño, en viejo, en mujer, en adulto, en joven, en monja, en obrero, en mesera. Su capacidad fue tan precisa que pronto logró separar características de unos y mezclarlas con otros. Por ejemplo, en algún momento fue enfermera con bigote; policía con falda; niño de secundaria con busto; hombre gordo de traje gris con cabellera roja de mujer.

Desde luego que la gente lo miraba raro —quién no lo haría— pero no le importó. Bajo aquellas máscaras creía segura su verdadera identidad. En cualquier momento podría volver a ser él mismo. Así que continuó y continuó divirtiéndose: joven con nariz grande y sin orejas. Oficinista con las piernas al revés y unos labios sensuales de prostituta. Gorda nudista calva y de barba. Hombre con rostro de anciana y senos caídos. Mujer sensual, de vestido negro, movimientos inspiradores, y el rostro de un hombre gordo, viejo y asqueroso.

Sin duda se divertía a lo grande. Cada mirada de asco que provocaba era un triunfo. Cada mirada de burla. Cada mirada de miedo, de repulsión, de rechazo, de curiosidad. Todo era parte de la diversión. A veces se carcajaba con los gritos de los jóvenes que lo insultaban, con las burlas de las mujeres, de los hombres, de los niños. Por primera vez no le importaba si se reían de él. Jamás sabrían quién había sido en realidad aquel tipo extraño de

senos enormes y nalgas planas; o aquella vieja con joroba y barba negra; o aquel hombre pequeño, moreno, de ojos sensuales y caireles que le caían de los oídos.

Lo hizo durante mucho tiempo. Mezcló cuerpos, razas, edades; cosas nunca antes vistas. Anduvo por calles, por plazas, por parques, en restaurantes. Tuvo el descaro de entrar a tiendas para buscar ropa para cuerpos descomunales, desfigurados, malformados. Entró a cines, a teatros, a bares. Disfrutó como nunca, se divirtió como jamás lo había hecho, hasta que le pareció suficiente. Pensó en su casa, sintió nostalgia, y decidió continuar con su juego después.

Se concentró, intentó recordar su rostro, volver a ser el mismo, pero no pudo. Parecía imposible. Buscó una fotografía en su cartera y no encontró ninguna. Quizá en su casa tendría alguna, claro. Pero ¿su madre reconocería aquella aberración de ser humano como su hijo? La conocía bien. No lo dejaría entrar. Intentó llamar por teléfono para explicarle, pero le colgó. Su voz tampoco era la misma; era la de una anciana horrenda y aguda.

Corte de garganta en una vieja peluquería

El hombre cruzó la puerta como cualquier otro cliente, cinco minutos antes de que cerrara. El peluquero se quedó con la escoba en la mano, mudo. Por un momento el aspecto lúgubre de ese señor de traje gris, le hizo pensar que lo asaltaría, y dio tiempo a que sacara la pistola, lo amenazara y le robara todo su dinero. Alcanzó a pensar en su funeral. ¿Alguien iría a ver su cuerpo pudrirse? Sin embargo, cuando vio que aquel extraño hombre no hizo nada, le dijo: *Ya cerramos*. Aquel lúgubre personaje no respondió y con toda la seguridad de un asesino serial se sentó frente al único espejo que había en el lugar. Ya cerramos, repitió el peluquero, pero el hombre no reaccionó. Fue entonces que lo tomó del hombro y supo al instante que podría sacarlo de ahí a patadas. Sentía sus huesos. Aunque, desde luego, no tuvo el valor de hacerlo. Fueron sus ojos, reflejados en el espejo como dos faroles que lo cegaban, los que lo hicieron contenerse. Lo soltó al instante y tuvo ganas de salir corriendo. Supo que algo saldría mal. Tampoco lo hizo. Se quedó de pie, sin poderse mover. Sólo sus labios, como un reflejo, se despegaron para decir: *¿Qué va a querer?* Y escuchó en un eco muy lejano: *La garganta, por favor*.

No supo cómo reaccionar ante aquella absurda solicitud. No cabía duda que aquel hombre era un demente. Quizá un vago, un enfermo mental. Debería haber llamado al policía, y eso intentó hacer. Miró el teléfono, miró la calle. Quería salir corriendo. No obstante, esos ojos de piedra caliza, penetrantes como una daga.

—¿Perdón? —respondió, inseguro.

—La garganta —respondió el hombre, desde la sombra, con una seguridad que le debería corresponder a él—. Córtame la garganta.

Se quedó quieto. Una línea de sudor frío dividió su espalda. Por un momento volvió a ser el niño que creía que, si no se movía, las cosas cambiarían automáticamente. Pensó en cerrar los ojos, en sacarlo a patadas. Pero no hizo nada de eso. Sólo se quedó inmóvil, sin poder hablar.

El hombre aquel lo observó de nuevo. Su piel se erizó. Lo vio acomodarse el cuello de la camisa blanca que tenía una línea negra de mugre. Esperó como cualquier otro cliente. Era una broma, tenía que ser una broma.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí, bueno... —dudó el peluquero—. Creo que le escuché mal.

—No escuchó mal —respondió el hombre acomodándose de nuevo el cuello de la camisa—. La garganta, por favor.

—¿Dijo usted la garganta?

No hubo respuesta. Solo la mirada, las dagas, el filo de sus pupilas.

—Pero... ¡qué está usted diciendo! —reaccionó por fin el peluquero—. ¿Está bromeando? Mire, ya es tarde, y no quiero problemas...

El cliente se levantó de golpe, lo miró directamente a los ojos y torciendo la boca le dijo:

—Usted no escuchó mal y no estoy bromeando. Quiero que me corte la garganta.

El peluquero intentó pensar de forma lógica. En un segundo recorrió todas las posibilidades de esa absurda situación. Entonces se le comenzó a dibujar una sonrisa en su boca.

—Creo que ya entiendo —dijo—. Barba... quiere usted que le corte la barba. ¿Es extranjero? Quizá el idioma...

El hombre se desesperó, lo tomó de las solapas, lo acercó hasta su rostro, y lanzó a la cara su primera sentencia:

—La garganta, ¿entendió? No la barba. Me vale puta madre la barba. Quiero que me corte la garganta. De un tajo. Que me la abra. Quiero que me mate. Quiero que su piso se llene de mi sangre y que después haga lo que quiera conmigo... ¿entendió?

El peluquero sintió que las piernas le temblaban. El cuerpo de ese hombre no correspondía con su fuerza. Era como si más personas lo habitaran. Lo soltó y se sentó de nuevo en el asiento. Por el espejo percibió más de una mirada, a través de los mismos ojos. Notó su palidez y pudo ver el temblor de sus labios.

—De verdad, señor, no quiero problemas... so... soy... soy un hombre tranquilo. Quiero irme a casa...

—Córtame la garganta y luego te vas —respondió aquel con una terrorífica parsimonia.

—Además... —continuó el peluquero como si no lo hubiera escuchado—. Ya cerramos...

De nuevo el silencio y aquella mirada penetrante. Sus brazos se paralizaron. En algún lugar se escucharon las manecillas de un reloj, como los golpes de los dedos sobre un teclado.

—¿Cuánto dinero quiere? —dijo de pronto el hombre, rompiendo el silencio.

—¿Perdón? —dudó si él mismo estaba vivo aún o si todo eso era algo que pasaba después de la muerte— Señor yo...

El hombre se levantó tranquilamente, con una amenazadora calma, como un fantasma dentro de un sueño. Tomó la navaja de afeitar que tenía el peluquero sobre la mesa, y lo amenazó como si aquel filo fuera una extensión de sus ojos.

—Cierra el local —dijo el hombre—. Hazlo.

El dueño hizo lo que todos los días casi en un acto voluntario, como si hubiera caído presa de truco

hipnótico. ¿Por qué no salió corriendo?, ¿por qué no gritó?

—Gracias —dijo el hombre, con un extraño tono de voz. Se guardó la navaja en el bolsillo de atrás—. ¿Tienes otra, no?

El peluquero asintió moviendo la cabeza de arriba abajo, dos veces. Se había quedado sin voz, se tocó el cuello para verificar que no estuviera derramando sangre.

El hombre se acomodó de nuevo en el asiento, a la espera del servicio.

En un último intento por volver a la realidad, el peluquero suplicó.

—Por favor, no sé qué pasa. Yo no quiero problemas en verdad. Yo sólo quiero estar en mi casa, con mi familia.

El extraño sujeto lo observó fijamente, de nuevo. Soltó una carcajada que parecía provenir de cada muro.

—¿Su familia? Usted vive solo. Calle Xocongo 234. Tiene una gata negra que se llama Gala. No tiene hermanos y sus padres murieron cuando usted era pequeño. Debe dos meses de renta porque la clientela ha bajado mucho en los últimos años, ¿no es cierto? Esta peluquería la heredó de su padre, y las cosas están tan difíciles que hasta ha considerado vivir aquí mismo. A esta navaja le sacó filo ayer.

El peluquero sintió caerse por completo en una pesadilla. Todo lo que había dicho ese hombre era verdad.

—Sé mucho de usted —continuó aquel—. Lo conozco. ¿Yo? No importo yo. Lo único que necesito es morir y quiero hacerlo ahora. ¿Por qué usted? Me pareció el indicado. Le puedo pagar muy bien —sacó una chequera que puso junto a unas tijeras—. Sé que necesita el dinero y sé que aceptará. No se preocupe. Se podrá deshacer de mi cuerpo fácilmente.

El dueño del lugar se sentó, pensativo, en una de las

sillas donde los clientes solían esperar su turno. Sus ojos bailaban de un lado a otro.

—¿Por qué no se tira usted al metro? —dijo por fin.

—¿Por qué? —respondió el hombre mirándolo a través del espejo—. Porque no debo morir así. Pero... a usted no debe importarle nada de eso. Máteme y tendrá todo lo que siempre quiso. Olvídese de esos dos meses de renta. Si usted lo quiere, podrá comprar ese departamento.

El peluquero comenzó a temblar y entonces respondió algo de lo que quizá se arrepentiría para siempre.

—¿Y si no tiene fondos? —preguntó ingenuamente, como una amenaza a sí mismo y su propia integridad. Él, que nunca había robado nada.

—Los tendrá, créame. Cóbrela mañana mismo y listo. Cerró los ojos. Al abrirlos todo continuaba igual.

—No quiero hacerlo —se atrevió a decir.

—Ya lo sé —respondió el hombre con aquel tono de voz hipnótico—. Pero de cualquier modo lo hará.

Pensó en sus deudas, en sus sufrimientos.

—¿Me firma algo?

—¿Perdón? —respondió el ente que estaba perdido en el reflejo de su propio rostro.

—Sí, no sé... una hoja, quizá, donde diga que usted está de acuerdo. Es más, que me está obligando a hacerlo.

—¿Y qué piensa hacer con ella?

—Enseñarla.

—¿A la policía?

—Sí.

—¿Y usted cree que van a creerle? —dijo el hombre, y soltó una carcajada—. Si quiere se la firmo, no me quita gran cosa, pero no servirá de nada. Lo mejor será que me mate, que luego me tire por ahí, que me deje en un campo baldío, no sé...

El peluquero nuevamente comenzó a dudar. Sintió ganas de salir corriendo, de escapar de ahí. Por un momento lo había visto como una posibilidad, matar a ese hombre, pero ¿quién era él?, ¿por qué iba a hacerlo?, ¿cómo había sido capaz de considerar esa como una opción para resolver todos sus problemas?

—Lo mejor será que se vaya y nos olvidemos de toda esta locura —dijo finalmente.

Aquel misterioso sujeto se levantó serio, decidido. El peluquero se mantuvo firme. Ese hombre era un elemento, eso era un hecho, y parecía capaz de cualquier cosa. Se sintió amenazado. Temió lo peor. En sus ojos vio la amenaza, el odio. Instintivamente tomó una navaja que tenía a sus espaldas sin que el hombre se diera cuenta y esperó. Lo vio meter la mano al bolsillo —¿era el mismo donde había guardado la otra navaja?—. Comenzó a temblar, a sentir la vista nublada. Estaba perdiendo el orden de las cosas. Tuvo miedo. Las manos se le entumecieron.

—¿Qué hace? —le dijo instintivamente al hombre.

Éste no respondió nada. Comenzó a acercarse a él sin decir nada. Lo quería acorralar, seguramente, lo quería degollar a él por su cobardía.

—¿Qué hace? —repitió—. Por favor, váyase.

El hombre continuó sin decir nada. Siguió caminando hacia él con los ojos fijos en los suyos y la mano dentro del bolsillo. Lo iba a matar, ¡lo iba a matar! Por un breve instante pensó en Gala, en su pequeña gata: ¿quién cuidaría de ella? Mientras otro tipo de pensamientos también pasaban por su mente: ¿quién encontraría su cuerpo?, ¿cómo lo encontrarían?, ¿cuándo? Su espalda tocó la pared y se dio cuenta de que estaba acorralado. ¿De verdad era así como le correspondía morir? Quizá sí. Pero ¿estaba dispuesto a aceptar lo te-

rrible de su destino? El hombre dio dos pasos más e hizo un movimiento con la mano que tenía oculta en la bolsa del pantalón.

No lo pensó. Fue un impulso muy estúpido. El peluquero apretó la navaja y cuando el hombre dio un paso más, de forma muy veloz, clavó la punta en su pecho. Justo a la altura del corazón. Al instante pudo ver una línea roja que se formaba en su camisa blanca. Después lo vio caer de rodillas. Entre sus dedos corría la sangre. Por el pecho, por las piernas. Lo vio agonizar entre sus pies.

Se quedó paralizado mientras miraba la sangre tocar la punta de sus zapatos. ¡Qué había hecho! Había matado a alguien. En defensa propia, claro, pues aquel hombre lo había amenazado de muerte. Sin embargo, ¿qué debía hacer?, ¿llamar a la policía?, ¿llamar a una ambulancia?, ¿qué se hace cuando uno se ha convertido en asesino? Se alejó del cuerpo. Miró su reflejo donde antes había visto los ojos de aquel hombre. Por un instante percibió en su rostro la misma mirada. Los ojos como piedra caliza. Se los cubrió, desesperado, y lloró. Vio la chequera sobre el tocador, junto a un cepillo y unas tijeras. Se puso nervioso. Aquello parecía la advertencia de algo aún más terrible por venir. Como el símbolo de un presentimiento. Por un impulso se acercó al hombre. Su cuerpo yacía inerte, rodeado de sangre, como si toda la vida hubiera estado ahí y él jamás se hubiera percatado. Buscó en sus bolsillos. Encontró su cartera. Buscó una identificación. No la encontró. En cambio, halló un fajo enorme de billetes. Supo entonces que no, nadie lo creería inocente. No podía llamar a la policía, no podía llamar a nadie. Pero ¿ahora qué iba a hacer?, pensó, al tiempo que se guardaba el fajo de billetes. Ni siquiera tenía un auto para cargar con el cuerpo y tirarlo lejos. Se sentó en una silla esperando a

que le llegara la solución. Durante su vida había leído muchas novelas policiacas, y le llegaban algunas horrendas soluciones a la mente, pero no tenía el valor para despedazar un cuerpo ni para enterrarlo y mucho menos para quemarlo. ¿Qué carajos se hace con el cuerpo de un muerto cuando uno es un cobarde? De pronto sintió la angustia terrible del asesino primerizo.

Apagó la luz, por reflejo, y se quedó a oscuras. Quizá todo estaba en su mente. Temblaba incontrolable. Casi no podía sentir sus piernas. Tuvo pánico. Pensó en que podría rezar algo, pedir a Dios, pero no sabía ninguna oración. Se sintió ridículo. Necesitaba pensar con calma. Aunque ¿no era peor mientras más pasara el tiempo? Entonces vino aquel pensamiento. Necesitaba un trago. Eso quizá le ayudaría a pensar mejor las cosas. Pero había dejado de beber hace más de diez años y no iba a volver ahora. Además no tenía dinero. La clientela estaba muy baja últimamente y..., recordó entonces los billetes. Tenía dinero, ¡claro que lo tenía! Podría tomarse un trago, quizá dos y tranquilizarse. Quizá huir. Dejar el cuerpo ahí, abandonado.

Salió discretamente del local. Caminó intentando aparentar normalidad, aunque sentía que todo lo delataba. Había un bar a dos cuadras de ahí, uno donde mujeres obesas se sentaban en tu mesa y donde la cerveza era muy barata. Caminó hasta allá, sintiendo que a cada paso sus piernas se doblaban. Esa noche —o al menos eso le pareció— había más patrullas que nunca. Durante el trayecto pensó en detener una y decirle: *¡Un hombre intentó asaltarme! ¡Lo maté! ¡Su cuerpo está adentro de mi peluquería! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Tienen que creerme!* No lo hizo. Jamás supo por qué.

Caminó hacia el bar navegando entre la realidad de lo posible y la irrealidad de lo que sólo se quedaba con

intención de hacer. Siempre había sido igual. Todas las posibilidades sucedían en su mente. En otro lugar detuvo a una patrulla. Lo escoltaron. Levantaron la cortina de la tienda y encontraron el cuerpo en el piso. De inmediato los policías pidieron apoyo, llamaron al forense, retiraron el cuerpo y él estuvo toda la noche declarando en el ministerio público. Exactamente al mismo tiempo estaba en la única realidad que le pertenecía, sentado frente a una mujer gorda que tenía las tetas sobre la mesa, y que bebía a sorbos una extraña bebida azul.

—Repítanos usted cómo fue que sucedieron las cosas, por favor —le pidió el agente del ministerio público, al tiempo que le servían su tercera cerveza en el bar.

Él estaba de pie, junto a un policía y volvió a repetirlo todo:

—Él entró como un cliente normal. Yo lo atendí como a cualquier otro...

—¿A qué hora entró? —preguntó el agente, al tiempo que una gorda, con una extraña bebida azul sobre su escritorio, registraba todo con una máquina de escribir.

—Yo cierro a las ocho. Debió entrar como a las siete cuarenta...

El agente no preguntó más. En su lugar habló la secretaria después de darle un sorbo a su bebida.

—¿Puedo pedir otra? —le dijo desde su escritorio.

Él abrió los ojos.

—¿Puedo?

—Sí, claro, claro —le dijo él—. Tengo dinero.

—Desde luego... —le respondió ella, con una extraña sonrisa.

El peluquero se levantó de la mesa. Miró alrededor y vio a varias parejas bailando. Sonaba una canción de Los Ángeles Negros. Miró a la mujer que estaba con él y la vio meter una nueva hoja a su máquina de escribir...

¿Por qué esa mujer obesa tenía una máquina de escribir en un bar?

—¿Por qué tienes eso? —señaló la máquina, sintiéndose realmente ebrio.

La gorda no respondió nada. En vez de eso se carcajeó. Al peluquero le pareció ver que escribía su pregunta: “¿Por qué tienes eso?”, y sus propias carcajadas: “Ja, ja, ja...”

Después de la sexta cerveza se levantó con dificultad. Caminó hasta el baño. Cruzó la puerta.

—Tendrá que quedarse cuarenta y ocho horas aquí —le dijo alguien desde afuera—, hasta que se hagan las investigaciones pertinentes y sea deslindado de responsabilidades.

Se sostuvo de la pared, mareadísimo. Apenas se mantenía de pie. Se había desacostumbrado al alcohol. Se tambaleó. Le dieron risa los juegos de su mente y sonrió de una manera ridícula. No entendía nada. Se miró al espejo y se golpeó el rostro. No podía sentir sus manos. Caminó hasta el mingitorio, se sacó el pene y comenzó a orinar. En voz baja repitió: —Quiero ver a mi abogado, quiero ver a mi abogado. Y finalmente gritó:

—¡Fue en defensa propia!

—¡Guarda silencio! —le exigió el guardia desde la puerta.

El hombre se escondió el pene al instante. Estaba muy ebrio, sí, pero aquellos juegos de su mente ya no le estaban gustando. ¡Qué demonios fue eso! Se acercó a la puerta del baño y la abrió con cuidado. No había nadie del otro lado. Un hombre se acercó, abrió la puerta de un tirón y él cayó al piso.

—Pero qué le pasa hombre, jajaja... —se tambaleó aquel individuo intentando levantarlo—. ¿Está usted bien?

—Fue en defensa propia, se lo juro por mi madrecita santa —le respondió el peluquero, sin ningún sentido.

Cruzó la pista de baile y llegó hasta su mesa. La gorda continuaba golpeando en su máquina de escribir, registrando en su hoja todos los sonidos, transcribiendo la canción que se escuchaba y todas las conversaciones. Por momentos paraba y sorbía su bebida azul.

—¿Me decía? —le dijo la mujer en cuanto tomó asiento.

—Discúlpeme que esté tan ebrio —se justificó el peluquero, sin sentido—. No suelo beber mucho. Perdón, de verdad...

La mujer obesa lo anotó todo.

—Ajá —dijo y dio otro trago—. ¿Qué más?

—¿Quiere bailar?

La mujer aquella se quedó con la boca abierta.

—¿Aquí?

El peluquero se levantó y estuvo a punto de caerse nuevamente. Cruzó frente a él un policía y lo detuvo:

—Tráigame otra cerveza —le ordenó—, y otra bebida de esas raras que toma esta señora...

—En seguida —le respondió el oficial.

—Qué pena, en verdad... después de lo que ha hecho.

La mujer se levantó, acomodó su falda, se cubrió la grasa de sus piernas y lo tomó de la mano. Lo guió hasta la pista.

—Es usted muy extraño... —le dijo al oído.

—Le juro que no fue con alevosía y ventaja —comenzó a decir sin sentido.

—¿Perdón? —le preguntó extrañada la mujer, como si no entendiera a qué venía eso.

—Eso... —continuó el hombre— yo no lo quería matar.

—Pero ¿qué dice? —se separó la mujer de él.

—Le corté la garganta porque él lo quiso así —siguió el peluquero—. Pensé que quería matarme, y...

La mujer lo soltó aterrada.

—¡Pero qué me está diciendo!

Un hombre fornido se acercó a ellos.

—¿Qué pasa?

—Este hombre —lo acusó la mujer—. Ya se está pasando. Dice que mató a alguien.

—Se va a tener que retirar —le dijo el joven tomándolo del brazo.

—No quiero irme —continuó el peluquero con sus incoherencias—. Tengo que seguir aquí. Son 48 horas las que tengo para que se demuestre mi inocencia...

—¡Sálgase, por favor!

—Pero yo...

—¡No ha pagado! —gritó la mujer gorda, desde la pista.

—¡Aquí tengo dinero! —dijo el peluquero. Sacó su cartera y la dejó caer al suelo dos veces. Su cuerpo no le respondía.

Se acercaron hasta ellos dos hombres más. Se hizo un silencio en el lugar. El peluquero pudo por fin abrir su cartera, y metió la mano. No había nada. No había dinero. Estaba vacía.

—Pero...

Alguien de los que lo rodeaban le arrebató la cartera. No tenía ni un peso.

—Te dije que se veía jodido —dijo el de seguridad.

—¡Pinche cabrón! —lo empujaron a la calle—. Pero eso sí, cómo le chupas, hijo de la chingada.

—Yo ya lo había visto —dijo otro—. Es un pinche borrachito que tiene una peluquería. Antes iba a otro bar, hasta que igual: hizo una pendejada como éstas.

—Denme mi cartera —comenzó a gritar el peluquero—. ¡Ayuda! ¡AYUDA!

—Cállate, hijo de la chingada —dijo uno de ellos y lo golpeó en el estómago. Entre los tres lo sacaron a la calle.

Él intentó defenderse, pero no pudo. Los hombres se esfumaron en un segundo y lo dejaron mal herido. Su cara quedó bañada en sangre y apenas podía sostenerse en pie. Pensó que tal vez podría ir a un hospital o llamarle a una patrulla para que lo ayudara, pero tuvo miedo. No, no debía. Además estaba tan ebrio que no podía ordenar sus pensamientos. Una pareja se acercó y le preguntaron si estaba bien. Los hizo a un lado y se alejó tambaleándose. Si tan sólo pudiera conseguir para otro trago, pensó, y sacó su cartera torpemente en busca de un billete perdido. Para su sorpresa no sólo encontró un billete, sino que la encontró llena, con todo el dinero que le había quitado a ese tipo de la garganta. Le pareció extraño, pero estaba demasiado bebido para razonar. Se encaminó a una cantina. Se acercó, sosteniéndose de la pared, decidido a perder el juicio por completo. No quería pensar más en el muerto. Quería ahogarse en sí mismo, en su sangre.

Cuando intentó cruzar la puerta de la cantina un hombre lo detuvo.

—Ya te dijimos que aquí no puedes volver a entrar —lo empujó un hombre—. Lárgate.

El peluquero se logró mantener de pie y se volvió a acercar, balanceándose.

—Tengo dinero —dijo, y sacó su cartera. El hombre se la arrebató y la examinó. Le espetó una carcajada en el rostro y lanzó su cartera a la calle.

—¡Largo! —le gritó.

El peluquero levantó su cartera, la abrió y la vio vacía.

—¡Maldito ladrón! —le gritó al hombre de la puerta, mientras se alejaba sin saber en dónde estaba ya.

Fue entonces que se recargó en un muro, cediendo ante la borrachera, y cayó al piso. Ahí vomitó, ensuciándose la ropa, y se orinó formando una línea que recorrió

medio metro por el pavimento. Era un asco. Había bebido demasiado.

Soñó con una mujer gorda, con una máquina de escribir azul, y con un hombre que le hablaba por una herida que tenía en la garganta. Podía entender exacto lo que le decía: *¿Entonces confiesas que me mataste?* Despertó gritando, a las diez de la mañana. Un muchacho se agachó sobre él para despertarlo.

—¿Está usted bien? —le dijo.

El peluquero tardó en reaccionar. Cuando lo hizo miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy? —preguntó de inmediato.

El joven lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Quiere que llame a alguien? —le preguntó.

De inmediato recordó que en su lugar de trabajo había un hombre muerto. Quizá ya olía mal. Hacía mucho calor. De pronto le vino una imagen a la mente: al abrir la puerta de la peluquería saldrían cientos de moscas verdes volando.

—No se preocupe —le respondió al chico—. No es necesario.

No tenía tiempo de ir a su casa. Necesitaba reaccionar lo más rápido posible. Se tocó el rostro y lo sintió hinchado. ¿Qué demonios le había pasado? La gente en la calle se le quedaba viendo. Ahora sí parecía un verdadero sospechoso.

Sacó las llaves de la bolsa de su pantalón y abrió la puerta de la cortina. No necesitaba correrla por completo, evitando que su local quedara expuesto al escrutinio de los curiosos. Cruzó con miedo, esperando ver moscas verdes. Encendió la luz para ver el cuerpo lleno de gusanos —siempre que piensa en muertos, piensa en gusanos—. Nada. ¡No estaba el cuerpo! Buscó por todas partes y no lo encontró. Literalmente había desapareci-

do. Asustado y nervioso miró la puerta dónde guardaba todos sus utensilios. No recordaba mucho de la noche anterior, pero podía recordar que se había salido a beber con... con... ¡con su dinero! Instintivamente buscó su cartera en los bolsillos y no la encontró. ¿Se la habían robado? De inmediato pensó en el chico que lo había ayudado. Le dio igual. Lo importante ahora era el cuerpo. ¿Dónde estaba? Abrió la puerta dónde guardaba la escoba, las tijeras y todo su material de trabajo. Encendió la luz, y no lo vio ahí. Sin embargo, hubo algo que lo desconcertó aún más: en la segunda repisa de la covacha vio una máquina de escribir azul. Su rostro se quebró de miedo. Él jamás había comprado una máquina de escribir. ¿Qué significaba eso? Cerró la puerta de inmediato. Fue al baño, se lavó la cara, se cambió la camisa —siempre tenía una reserva— y abrió la cortina del local para disponerse a trabajar. Lo mejor era que siguiera con su vida normal para no levantar sospechas.

El primer cliente llegó cinco minutos después. Era un hombre de pelo cano. Se sentó y pidió que siguiera la misma línea de su corte.

El peluquero comenzó a cortar, concentrándose en el sonido de las tijeras. Aquello era casi un estado de hipnosis. No obstante, había algo más. Otro ruido que lo seguía. Detuvo las tijeras y escuchó atento. El clientelo miró extraño, por el espejo.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, nada —respondió el peluquero, aunque sabía perfectamente qué era aquello: detrás de la puerta alguien utilizaba la máquina de escribir

Índice

Hasta parecemos familia	9
Tu boca comenzó a secarse	13
Su nariz	15
Camino elegido	27
Una vieja Xerox	31
Ni en palabras	39
Me recuerdas a no sé quién	41
El abuelo	47
Otras palabras	49
Identidad	57
Corte de garganta en una vieja peluquería	59



Alto contraste de Jonathan Minila terminó de imprimirse en marzo de 2018, en los talleres de Serna Impresos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto. Formación digital por Nancy Saldaña.

